

31B028
E0981501

CASA SALESIANA DE LA SALUD
"Bto. Felipe Rinaldi"
Avda. Macul, 5940
Pasaje Camilo Ortúzar
Casilla 5 - Santiago 17
Chile



ALBERTO MUÑOZ DARRIGRANDE



*Sac. Muñoz, Alberto, 15.02.1906-Ovalle, Chile
† 15.04.1998-Santiago de Chile, a los 92 años de
edad, 67 de profesión y 59 de sacerdocio.*



Santiago, 18 de junio de 1998

Queridos hermanos:

Quiero compartir con ustedes la noticia de la muerte y algunos rasgos de la biografía de nuestro querido hermano sacerdote:

ALBERTO EDUARDO MUÑOZ DARRIGRANDE

Había hecho de su vida un estar atento al llamado de Dios, que se hizo presente a lo largo de su vida e hizo del instante de su muerte y de los años que la precedieron una tranquila y serena respuesta de amor al Padre Eterno.

El Domingo de Resurrección le había manifestado al Padre Inspector: "Estoy listo para celebrar mi Pascua y le pido que haga rezar por mí, porque soy muy pecador, pero confío mucho en la misericordia de Dios". Tres días más tarde, el miércoles 15 de abril, realizaba su tránsito para celebrar la Pascua eterna con Cristo.

1. Su familia

Alberto Eduardo nació en la nortina ciudad de Ovalle, el 15 de febrero de 1906. Sus padres fueron Roberto y Rosalía, matrimonio de profunda vida cristiana, que influyó en la piedad y en la vocación de Alberto. El Obispo de La Serena, Monseñor José María Caro, escribirá más tarde haciendo una recomendación de Alberto, precisamente sobre la base del modelo de hogar que habían constituido sus padres: "Vida: muy cristiana, como la de su hogar. Costumbres: intachables. Condición: de las principales familias de Ovalle".

A los dos días de haber nacido, fue bautizado en la Parroquia San Vicente Ferrer, de su pueblo natal. Perteneciendo a una de las familias católicas tradicionales, tuvo el privilegio de recibir la Confirmación a los cuatro años, de manos del Obispo Monseñor Ramón Angel Jara, quien, además de Obispo de La Serena, fue Director Nacional de los Cooperadores Salesianos de Chile, nombrado directamente por Don Bosco.

Realizó sus estudios básicos en su ciudad natal y luego se trasladó a Santiago, donde entró a estudiar en el Colegio Seminario Pontificio; ahí permaneció por siete

años. El último año de estudios secundarios lo cursó en el Instituto de Humanidades Luis Campino. Al retirarse del Seminario, todos pensaron que había renunciado definitivamente a seguir la vocación sacerdotal.

Sin embargo, el mismo Padre Alberto contaba, en la forma tan amena como exponía sus hechos de vida, lo siguiente: en cierta ocasión, acompañando a sus padres que iban a visitar a su hermana, religiosa de la Congregación de las Hermanas de la Providencia, se encontraron con la superiora, Madre Bernarda Morín, la cual, como consolando a sus padres, les dijo en forma visionaria: “Albertito será sacerdote, no se preocupen, es cuestión de tiempo”. Este hecho, que recordaba con mucho cariño, hizo que el Padre Alberto tuviera, luego en su vida sacerdotal, una gran veneración por Madre Bernarda Morín.

En 1924, ingresa a la Facultad de Leyes de la Pontificia Universidad Católica de Chile, donde estudiará por espacio de cinco años, siendo compañero de curso del Cardenal Don Raúl Silva Henríquez. Al recibir su título de abogado, el joven Alberto había hecho ya una gran opción: escuchar la voz del Señor que lo llamaba al sacerdocio.

2. Su vocación salesiana

En el discurso que el Padre Alberto hizo con motivo de la recepción que se brindó al Cardenal Raúl Silva Henríquez a su regreso de Roma, donde recientemente había sido investido de la púrpura cardenalicia, ha dejado escrito los episodios que en forma oral repetía a menudo, en lo referente a cómo surgió su vocación:

“Una corrida de Ejercicios Espirituales que nos predicó, a 18 muchachos universitarios, Carlitos Casanueva, en Las Cruces, durante la Semana Santa del año 1927, marcó época en mi vida y en la de mi amigo Raúl Silva”. Agrega que el sermón sobre la humildad fue el que más les impactó y que, después de ese Retiro, surgió una gran amistad entre Felipe Letelier, Raúl Silva y Alberto Muñoz, llamados los tres mosqueteros.

“Felipe —continúa— fue quien me llevó días después ante el Padre salesiano Valentín Panzarasa, por un problema que yo tenía. Fuimos un 11 ó 12 de abril; el Padre nos recibió amablemente. Felipe le propuso que hiciera un estudio grafológico de mi carácter. Me hizo escribir unos renglones y mi firma. En seguida comenzó a decirme lo que yo era por dentro. Por poco me desnuda. Por supuesto que quedé como su hijo espiritual y, desde ese día, los tres mosqueteros nos reuníamos con el Padre Valentín en la oficina o en el comedor. Felipe me decía muchas veces ‘Alberto, ¿por qué no te haces salesiano? Fíjate que Raúl y yo lo tenemos ya decidido’. Una tarde primaveral del mes de agosto, Felipe volvió a la carga. Lo cierto es que el amigo Muñoz le dijo de pronto: ‘¿Qué dirías si yo dijera que sí? … Sí, me haré salesiano, ¡si Dios quiere!’”.





Luego añadía en su discurso, en forma jocosa: “En 1928, Felipe nos dejaba embarcados en la vocación; por motivos de familia, él no pudo seguir la suya”.

En 1929, al terminar su quinto año de universidad, Alberto, juntamente con Raúl Silva, ingresan en calidad de “postulantes” al colegio salesiano del Patrocinio de San José, donde, junto con concluir sus pruebas finales de abogacía, ayudaban en la asistencia de los alumnos internos.

Fue el inicio de su caminar en la Familia Salesiana. En realidad, no había tenido ningún contacto con la Congregación, fuera del boletín *El Mensajero de María Auxiliadora*, al que sus padres estaban suscritos. La narración de estos hechos, que son parte de la Antología de nuestra Inspectoría, da cuenta de cuáles fueron los caminos de la Providencia y llevan una rúbrica: *Alberto Muñoz no dejó nunca más a los salesianos*.

En sus recuerdos acerca de los primeros años de su vida salesiana, particularmente como novicio, Alberto narra las humildes tareas que le fueron encomendadas, tales como su trabajo en la ropería, y que pusieron a prueba el talante de los dos flamantes abogados (Alberto Muñoz y Raúl Silva):

“...era algo épico! Había unas 6 a 8 lavanderas, entre las cuales había que distribuir equitativamente el total de la ropa para lavar. De aquí innumerables combinaciones, cuentos y recuentos de ropa, y apuntar bien lo que a cada una se le daba para poder controlar que no se perdiera ninguna. ¡Y siempre resultaba igual, siempre había una o más prendas equivocadas o perdidas!... Aún nos sobraba tiempo para gastarle una broma al viejito don Arione, cosiéndole las mangas de la camisa limpia que se iba a poner el domingo. Silva, Muñoz, ...minchioni! Vedrete quel che vi faró! Nos amenazaba a través de la reja de la ventana, mientras los dos culpables se burlaban de él encerrados con llave por dentro de la ropería!”.

El 2 de febrero de 1931 hizo su primera profesión trienal, en la antigua iglesia de Macul. Realizados sus estudios de filosofía y habiendo emitido su profesión perpetua el 2 de febrero de 1934, fue enviado a Turín a realizar sus estudios teológicos en el Estudiantado de La Crocetta. De su estadía en Italia conservará muchos recuerdos que luego compartiría con sus hermanos, en la forma tan amena que le caracterizaba. Conjuntamente con sus compañeros de estudios Raúl Silva y Carlos Weiss, fue ordenado sacerdote el 3 de julio de 1938 por el Cardenal Maurilio Fossati.

3. Su apostolado

De regreso a Chile inicia un apostolado muy fecundo que es valorado por sus numerosos ex alumnos.

El Aspirantado de Macul, el Teologado de La Cisterna, el LAB, las Casas de

Valparaíso, el Patrocinio de San José, El Salvador de Talca, Concepción, Linares, La Serena, lo contaron entre sus miembros de comunidad.

Aceptó muy pocos cargos de responsabilidad y siempre estuvo dedicado a la enseñanza, desde profesor de niños y jóvenes a catedrático de Teología entre los futuros sacerdotes salesianos. Sólo en una ocasión fue vicepárraco en la parroquia María Auxiliadora de Linares, y por pocos años fue director de estudios y luego catequista en Valparaíso. Casi por cuarenta años fue confesor, apostolado que realizó con dedicación plena y en forma cabal, dejando una profunda huella entre sus penitentes y dirigidos espirituales. Fue, por sobre todo, un director de conciencias, que con simplicidad y simpatía atraía a jóvenes y adultos.

El confesionario fue, sin lugar a dudas, el centro de su apostolado sacerdotal, y precisamente se mantuvo siempre en segundo plano no porque careciera de cualidades personales, sino para entregarse de lleno a la dirección espiritual a través de la confesión. Su gran talento se expresaba en una pedagogía que acogía a los jóvenes y lograba establecer con ellos un diálogo fecundo, orientándolos hacia un proceso de madurez integral.

El que suscribe esta carta ha considerado siempre como un gran honor y una experiencia de gran significado en su vida el haber tenido al Padre Alberto como profesor jefe, en los años de estudiante. Desde esos años (1946), admiré siempre la bondad tan propia que caracterizaba al Padre Alberto. Recuerdo que, como jóvenes, nos sentíamos atraídos por su alegría en el Señor, expresada en chascarrillos ingeniosos y anécdotas que nos narraba, sea en el recreo como en la clase. Con su sonrisa y su modo alegre de conversar, nos atraía hacia él. En forma espontánea lo rodeábamos, y la mayoría lo elegimos como nuestro confesor.

De gran inteligencia, había asimilado el espíritu de San Francisco de Sales, esto es, la amabilidad y afabilidad. Lo que no impedía que, de vez en cuando, tuviera alguna momentánea explosión. Esto hacía valorar más su mansedumbre y bondad. Su carácter fuerte lo llevaba a imponerse con sus alumnos, los que, junto con respetarlo, admiraban en él su simplicidad, simpatía, alegría y especialmente su gran amor por la naturaleza. En todos los colegios en que estuvo se caracterizaba por la serie de pajaritos que alimentaba y que lograba domesticar de un modo admirable. Los jóvenes lo sentían en esto muy cerca de ellos. Era un amante de las excursiones y diestro amaestrador de cuyucas y tórtolas, las que obedecían a sus silbidos y con las cuales conversaba. La presencia de estas avecillas rompía la frialdad del recinto escolar e invitaba hacia una dimensión ecológica y de educación en la paz.

4. En la Casa de Salud

Desde el año 1993 se hallaba en esta casa de Salud de Macul. Fueron cinco años



de preparación próxima al gran y definitivo paso de acercamiento a Dios para responder a su postre llamado.

Compartiendo con sus hermanos de Comunidad, supo animar el ambiente, a pesar de tener un cáncer que lo llevó a la sepultura. Dotado de una excelente voz de barítono, solía hacer uso de ella en las fiestas familiares de la Comunidad. Acostumbraba a leer revistas en inglés y era un escritor de excelente pluma. Su aporte cotidiano eran su alegría contagiosa y su simpática jocosidad que manifestaba de múltiples maneras.

El padre Alberto se ha ido a los 92 años de edad. Había transcurrido 67 años de silenciosa y humilde vida salesiana. En julio de este año iba a cumplir 60 años de sacerdocio.

Tal como lo ha afirmado el Padre Inspector: “Su vida larga, silenciosa, amistosa es un aliciente para cuantos seguimos tras él en este camino que conduce a la eternidad. Una vida alegre, humilde y sencilla, como lo fue la de Jesús, el hijo del carpintero”.

En la Comunidad salesiana de esta Casa de Salud lo hemos despedido en estos términos:

“El Padre Alberto Muñoz fue un hombre de fe, que supo escuchar la voz de Dios en los acontecimientos de la historia. Su entrada a la Congregación es expresión de esta actitud que lo marcó durante toda su vida apostólica. Su fe se traducía en obediencia al Señor, de la cual brotaba un estilo de vida salesiana impregnado de la espiritualidad de la alegría. Padre Alberto Muñoz, ya que compartiste con Cristo el sufrimiento de tu enfermedad, que compartas con Él la gloria de su resurrección”.

Los saluda affmo. en Don Bosco,

Augusto Aliaga Rojas

Director

+

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Sac. Muñoz, Alberto, 15.02.1906-Ovalle, Chile

*† 15.04.1998-Santiago de Chile, a los 92 años de edad,
67 de profesión y 59 de sacerdocio.*